

Lección 5

5 de mayo de 2018

Cristo en el Santuario celestial

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *“Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un Nombre que sobre todo nombre, para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra”* (Filipenses 2:9, 10).

Introducción

Durante esta semana estudiamos acerca de la obra de Jesucristo en el Santuario celestial. Actualmente, ese es el ritual de la salvación que se está llevando a cabo. Como dice Elena G. de White, todo adventista del séptimo día debiera comprenderlo. No es difícil, aunque hay que esforzarse para entenderlo correctamente. Como se trata acerca de lo que se está haciendo, además de lo que ya se hizo por nuestra salvación, es imprescindible que entendemos estos fundamentos de nuestra fe.

Luego de su victoria, al llegar al Cielo, Jesús fue exaltado por el Padre. Exaltar, honrar, glorificar, en el cielo es algo diferente de lo que se hace en la tierra. Aquí eso significa prestigio, alcanzar la celebridad; en el Cielo significa humildad y victoria por la obediencia. Jesús recibió un Nombre por encima de todo nombre. ¿Y qué tiene de especial ese Nombre? Hasta entonces, Él era el Creador del Universo, y desde ese momento, se convirtió también en el Redentor de la raza humana. Para eso, fue Vencedor por la obediencia, y volvió a ser el Rey del Universo, pero fue honrado por Dios Padre y por los seres inteligentes de todo el Universo, según Apocalipsis 5.

“Jesús obtuvo la victoria por medio del sometimiento y la fe en Dios, y por eso mediante el apóstol nos dice, ‘Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros’ (Santiago 4:7)... Satanás tiembla y huye ante el alma más débil que encuentra refugio en ese poderoso Hombre” [Manuscrito 15, 1908; citado en *En lugares celestiales*, p. 258]. Siempre había sido adorado por ser el Creador; ahora, se añadió otro motivo de adoración: ser el Redentor, el Dador de la vida a quien la había perdido.

Debemos prestar atención al hecho de que, hacia el final del milenio, toda rodilla se prostrará y adorará el Nombre de Jesús. Todos declararán que Él es Justo en sus juicios, incluso Satanás.

Sacrificio supremo

Siempre pensé del mismo modo que lo expresa el autor de la *Guía de Estudio de la Biblia*, con respecto a la cuestión de Dios Hijo, en estado humano. Pero todavía permanezco algo reticente porque el autor no citó ninguna fuente. Parece que él está en la misma situación que yo, pensando en cómo eso pudo ser una realidad, pero sin poder probarlo con un texto inspirado. Entonces consideremos su explicación, aún provisoria, como interesante y, también, la única. Analicémosla cronológicamente.

Desde la eternidad, Dios (la Trinidad), que tiene entre sus atributos la capacidad de la presciencia, o sea conocer el futuro eterno, sabía que en determinada fecha, habría una rebelión en el cielo, y que de ella derivaría la caída de la humanidad. Entonces surge la pregunta: Si Dios lo sabía, ¿por qué entonces creó a Lucifer, y por qué, luego, creó a Adán y Eva? Para este interrogante no tenemos fundamento para una respuesta definitiva. Dios sabe todas las posibilidades, y seguramente escogió la menos traumática. Seguramente, en algún momento, y de una u otra manera, el problema ocurriría. Pero tenemos una información, y esa sí está bien fundamentada. Dios también sabe que ese problema ocurriría sólo una vez, y nunca más se repetiría, conforme Nahúm 1:9. Pero por lo que podemos conocer respecto de Dios, es seguro afirmar que Él escogió el camino que causaría el menor daño posible. Entonces, tuvo lugar la caída de Lucifer, la de un tercio de los ángeles, y poco después, la caída de la humanidad.

También es correcto decir que desde la eternidad Dios sabía cuál sería la solución para el problema del pecado, para la caída de la humanidad. Dios sabía que tendría que sufrir como un ser mortal, y que por ello no podría recurrir al poder divino. La cuenta regresiva no se detenía, el día de la rebelión celestial estaba llegando, y luego tuvo lugar la caída de la primera pareja humana. Entonces, en ese mismo día, Dios Hijo, que era el Creador, anunció el plan eterno de redención de la humanidad.

En este punto de la historia del Universo, la noticia se esparció y causó perplejidad, pero menos en Dios. Con la caída de la humanidad, los seres inteligentes del Universo percibieron que la pareja debía morir. Ya estaban condenados a la muerte eterna el ser más honrado entre todas las criaturas, Lucifer, y una multitud de ángeles, y ahora, la muerte también alcanzaba a los habitantes de la tierra. ¿Cuándo iba a terminar este avance trágico de la muerte? El asombro cundió ante el anuncio del plan de redención. Explicando con otras palabras lo escrito por el autor de la *Guía de Estudio de la Biblia*, con el que concuerda la Comisión de revisores, por lo que se considera una explicación plausible, el Dios Hijo nacería como ser humano mortal para morir en lugar de Adán y Eva y sus descendientes. Para eso, debía asumir todos los pecados de la humanidad, algo inconmensurable, inimaginable, imposible siquiera de evaluar. Lo que el autor explica es que Dios Hijo continuó existiendo, de eso tenemos certeza, pero que permaneció inactivo durante la gestación del Hijo del hombre, y en su etapa infantil. Sabemos que Jesús se reconoció como Cordero de Dios a los doce años, cuando debatió acerca de ello con los hombres conocedores de la *Torá*, en el Templo. Después permaneció nuevamente inactivo durante su muerte. Y esto es algo fascinante, impresionante. Y añado algo más: el Dios Hijo, también tuvo que contener al Hijo del hombre al ser juzgado y condenado sin motivo, injustamente, y ser muerte. Del mismo modo, Jesús, que es el Hijo del hombre, tuvo que contener su naturaleza divina, y no hacer uso de ninguno de sus poderes divinos, que son infinitos. En caso de que me hubiera tocado a mí, no hubiera logrado vencer la tentación de hacer, como solemos decir, justicia con mis propias manos, aun en nombre del bien, pero arruinando con ello el plan de la redención.

El hecho es que Jesús ya hizo todo por nosotros lo que estaba previsto desde la eternidad. Todavía falta algo, que es la Segunda Venida. Y esta es la parte más placentera para Jesús y para el Universo. Luego vendrá el Milenio, el juicio, y la extinción de los impíos. Y la humanidad retornará, finalmente, a su estado original, sin que quede raíz ni rama del pecado. Pero el sacrificio, ya se de Jesús como Dios, o de Jesús como hombre, fue la mayor tortura de todos los tiempos. Bien lo sabe Dios y nos lo ha revelado, que tal cosa no se repetirá. Quedará de tal modo demostrado el amor de Dios, que jamás volverá a ser cuestionado. El amor de Dios, que es su Ley, es indiscutible.

El Cordero de Dios

El proceso de la salvación comenzó con una ilustración. Se sacrificaba un cordero todas las mañanas y todas las tardes (a las 9 y a las 15 horas, respectivamente). Además de estos sacrificios, se sacrificaban otros corderos por cada pecado cometido. Millones de corderos fueron sacrificados, todos ellos inocentes, pues el sacrificio, además de ser ilustrativo, de tener una función pedagógica, didáctica, también servía para afirmar que Jesús vendría como el Cordero definitivo. No fueron aquellos corderos que pagaron la penalidad por el pecado, fue Jesús. Cada uno de aquellos corderos simbolizaba el ajuste de cuentas de por lo menos un pecado, pero Jesús pagó, Él solo, el precio de todos los pecados de todas las personas que existieran en este planeta.

Una vez resucitado, Jesús se convirtió en el Sacerdote del Santuario celestial, y en 1844, al entrar en el Lugar Santísimo del Santuario celestial, se convirtió en el Sumo Sacerdote. O sea, se convirtió en Juez, en un período que en los tiempos del Antiguo Testamento era sólo un día, el Día de la Expiación, o el día del Juicio.

Entonces, “Cordero de Dios” alude al hecho de Jesucristo muriendo en nuestro lugar. Los corderos anteriores, animales inocentes, apenas simbolizaban al verdadero Cordero, que además de cumplir con el rol de deudor a causa de nuestros pecados, también pasó cumplir el rol de Intercesor, y de Juez.

“Primero consagrad vuestra propia alma a Dios. Al contemplar a nuestro Intercesor en el cielo, que vuestro corazón se enterezca. De esa manera, suavizados y subyugados, podréis hablar a los pecadores arrepentidos como alguien que comprende la verdadera naturaleza del poder del amor redentor. Orad con estas almas y llevadlas por fe al pie de la cruz; elevad sus mentes con las vuestras, y fijad el ojo de la fe en Jesús, el Vencedor del pecado. Inducidlos a apartar su vista de su pobre y pecaminoso yo, para dirigirla hacia el Salvador, y así ganaréis la victoria. Ellos contemplan personalmente al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Ven el Camino, la Verdad y la Vida. El Sol de Justicia esparce sus brillantes rayos que iluminan el corazón. Las fuertes corrientes de amor redentor se vierten en el alma agotada y sedienta, y el pecador es ganado para Cristo Jesús” [*Testimonies for the Church*; tomo 6, pp. 73, 74; citado en *Maranata, el Señor viene*, p. 108].

Nuestro Sumo Sacerdote

Jesús pasó por un único sacrificio que fue válido para siempre. Por ese sacrificio se propició el perdón para toda la humanidad, y también se posibilitó la vida eterna, para quien lo deseara. Todo eso está disponible para toda la humanidad, porque Jesús pagó por el pecado de todos, habiendo llevado sobre sí, los pecados de todos.

Pero, ¿por qué Jesús murió una única vez, por todos? ¿Acaso no tendría que haber muerto tantas veces como personas existieran aquí? Y la respuesta es simple: en el día de su muerte, Él asumió los pecados de todos. Entonces se hizo necesario, felizmente, morir una sola vez. En rigor de verdad, eso fue lo mismo que morir individualmente por la vida de cada ser humano, ya que en esa oportunidad cargó por única vez los pecados de todos. Entonces, podemos imaginar la intensidad del sufrimiento que debió enfrentar en esa única muerte. ¡Indescriptible!

Los sacrificios de los animales eran apenas ilustrativos, didácticos, y con la intención de demostrar el horror del pecado, que lleva al derramamiento de sangre. Jesús derramó su sangre en favor de todos; esa sangre fue vertida hacia el polvo de la tierra, lo que somos todos. Una vez que morimos, nos convertimos en polvo, y fue en el polvo que Jesús, que no había experimentado ninguna corrupción, vertió su sangre. En el polvo Jesús nos rescató para vida eterna. Además, recordemos que fue en sexto día de la creación que Él se arrodilló y nos hizo del polvo; y ahora, nos salvó de que quedemos en el polvo.

Varios atributos fueron necesarios para que el sacrificio de Jesús pudiera ser aceptado por el Padre, y no fuera cuestionado por el enemigo. Él es Dios y Creador, y como Él es la Ley, tiene la autoridad para perdonarnos, y como murió en nuestro lugar, o sea, cargó realmente nuestros pecados, tenemos el derecho de recibir ese perdón (esto es gracia). Él también es nuestro Abogado, que nos defiende ante el tribunal celestial, donde llegan las acusaciones de parte de satanás, y nuestros pedidos de perdón con base en el arrepentimiento. Al mismo tiempo, desde 1844, Jesús se convirtió también en Juez para analizar con rectitud los casos de todas las personas. Como Él es amor, ostenta, antes de condenar, el deseo de perdonar. Ir a juicio de condenación es una opción para cada pecador, no de Él, que en ese caso ejecuta la voluntad de cada uno. También se convirtió en un ser humano, experimentó nuestra vida, por lo tanto nadie puede afirmar que no conoce, por experiencia propia, cómo se vive aquí, en medio del pecado. Él tuvo que experimentar todo, desde un bebé, hasta la etapa adulta. Como Él es Dios, y no un animal, su sacrificio no necesitaba ser repetido innumerables veces, sólo bastaba con una sola vez, siempre que asumiera los pecados de todos, y validando con ello un único sacrificio, que se convertiría en definitivo. Esto es evidente, pues una vez que se genera el perdón para todos, ¿para qué sería necesario hacer eso en muchas ocasiones? Así como un único sacrificio sería válido, también sus resultados serían válidos para toda la eternidad, o sea, la vida concedida a quien la recibiera, es decir, el perdón, también sería definitivo, eterno.

“En el sistema típico –que era una sombra del sacrificio y el sacerdocio de Cristo– la purificación del Santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación: una remoción o un quitar el pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en la remoción o el borrado de los pecados de su pueblo, los cuales están registrados en los libros celestiales. Este servicio involucra una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria; pues cuando él venga, la causa de cada uno habrá sido juzgada. Jesús dice: ‘Yo vengo... y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra’ (Apocalipsis 22:12, V.M.). Esa obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que se anuncia en el primer mensaje angélico de Apocalipsis 14:7: ‘¡Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su Juicio!’ (BJ)” [*Cristo en su Santuario*, p. 74].

Nuestro Intercesor

¿Por qué razón Jesús se convirtió en hombre? Por varias razones, tales como:

- Si no se hubiera convertido en un ser humano mortal, Él no podría haber muerto por nosotros.
- Debía vencer como ser humano, que es débil; no como Dios, que es infinitamente poderoso, infalible, que nunca es vencido.
- Debía experimentar lo mismo que los seres caídos para poder comprender, no solo intelectualmente, sino también por la realidad, cómo viven los seres humanos y qué situaciones problemáticas deben enfrentar.
- Pero, principalmente, Él debía asumir las dos naturalezas, la divina que ya poseía desde siempre, y la humana, por lo que será explicado a continuación.

Jesús, como ser divino y humano, puede así comparecer delante del Padre cada vez que nosotros nos arrepentimos de algún pecado. No es solo como Dios que comparece delante del Padre, ni tampoco como un mero ser humano, sino como humano Vencedor, y Dios intercesor, los dos unificados en un único Ser. Así, la intercesión de Él es aceptable delante de Dios Padre. Así, puede ser nuestro Representante delante del Padre, pues como ser humano, allí está uno de nosotros. ¿Cómo podríamos ser representados por alguien que no fuera uno de nosotros? Para representarnos, debió ser uno de nosotros; para perdonarnos, debía ser Dios, y nuestro Creador. Él lo es todo eso, y por ello, es el único capaz de ser nuestro Sacerdote (Abogado), y Sumo Sacerdote (Juez).

Habiéndonos Él, Jesús como ser humano, sustituido en la muerte, y siendo Él, al mismo tiempo, Dios eterno y creador, puede así ser Dios y Hombre representante de la raza humana delante del Padre, y puede también libremente estar delante de Dios Padre por ser Dios Hijo, intercediendo por nosotros para que nuestros pecados sean perdonados. Cualquier argumento de satanás cae por tierra ante el hecho de que, habiéndonos arrepentido, pedimos perdón a Jesús quien, también como ser humano vencedor por nosotros, se presenta como victorioso en nuestro lugar para reclamar el perdón. A su vez, Dios Padre, que es amor, así como Jesús, perdona prontamente, sin cuestionar nada, pues lo que Él más quiere es perdonar. Nunca se resiste ante una solicitud de perdón. Toda la estrategia de la salvación, un tanto compleja y, especialmente, de elevado costo para Jesús, es legítima y legal, por lo que nunca podría ser cuestionada por nadie, sea quien fuere, pues un ser humano venció en nuestro lugar. Y eso de “en nuestro lugar” significa que Él asumió los pecados de todos nosotros. Por eso Él puede alegar que murió por nosotros, y también por eso el acto divino es eternamente irrefutable. Nunca nadie podrá jamás eventualmente suponer que puede revisar algún punto del proceso de salvación de la humanidad, pues es absolutamente legal, por la Ley de Dios. O sea, el pecado exige la muerte, y ella tuvo lugar, en Jesús, quien pagó por nosotros todos los pecados. Entonces, el que se pierda, sólo será porque así lo haya deseado.

El Día de la Expiación

El Día de la Expiación era una figura de lo que sucedería en el futuro en el Santuario celestial. O mejor aún, era una ilustración. En rigor de verdad, lo que se hacía en el santuario terrenal no tuvo valor práctico, hasta que Jesús no hiciera posible el perdón de los pecados luego de ser muerto y resucitado, cuando se convirtiera en sacerdote y en 1844 sumo sacerdote en el Santuario celestial. La purificación del santuario terrenal era tam-

bién una figura de la verdadera purificación del santuario celestial. Todo lo que se hacía en la tierra, se haría en el cielo, menos una cosa: el sacrificio del Cordero de Dios, que tuvo lugar en nuestro planeta. La providencia de la vida de Jesús y de su muerte se llevó a cabo entre nosotros, y nosotros fuimos los que lo matamos, a través de nuestros pecados.

En el día de su resurrección, Jesús se dirigió al cielo para participar de una impresionante ceremonia de triunfo. Esto está relatado en Apocalipsis 4 y 5, llegando al clímax de la alabanza y la aclamación de parte de todo el Universo. En ese día, Jesús fue reentronizado, ahora como Dios y como Hombre vencedor. Luego de cuarenta días en la tierra, Él volvió al Cielo, sólo para volver en ocasión de su Segunda Venida. Entró en el Lugar Santo para interceder por nuestros pecados, algo que fue ejemplificado por el servicio diario de la mañana y de la tarde, así como por las ofrendas individuales de pedido de perdón del santuario terrenal. Con cada ofrenda de algún animal sin defecto, se concedía simbólicamente el pecado, y el individuo salía perdonado, pero su pecado quedaba registrado en el lugar Santísimo, en la cuenta del Cordero de Dios. Ese era, también simbólicamente, sacrificado para la purificación del santuario, en el lugar Santísimo, en el Lugar Santo y en el atrio, una vez al año, durante el Día de la Expiación.

Pues bien, en el año 1844, Jesús entró en el Lugar Santísimo, para purificar el Santuario celestial. ¿Y cómo es que hay allí algo impuro que debe ser purificado? Cada pecado que cometemos es anotado en un Libro, que está en ese santuario. A su vez, cada perdón que solicitamos, también es registrado en ese mismo libro. Al lado de cada pecado es anotado "Perdonado". Pero ese pecado continúa allí, aun cuando haya sido perdonado. Todo eso estará disponible para cualquier salvo. ¡Qué vergüenza! Intenta imaginar el hecho de que hayas hecho algunas cosas muy vergonzosas, y luego de ser rescatado para el cielo, tus amigos abran tu libro y encuentren allí cosas de las cuales te has arrepentido, pero que todavía estarán allí. Alguien podría llegar y decirte al oído: "¿Tú hiciste eso? Amigo, menos mal que te arrepentiste". ¡Qué vergüenza pasaría! Esos registros estarían allí, a disposición de todos.

Pero, felizmente, ¡eso no pasará!

Para que esto no ocurra es que desde el año 1844 el santuario está siendo purificado. Por ahora el procedimiento es con los que ya murieron. Esta gente ya no puede pecar más, por lo tanto, nada puede cambiar en su caso, entonces sus nombres están siendo examinados. Este sistema de purificación es simple: se abre el libro de una persona, se verifican sus pecados. Se examina si cada uno de ellos tiene la verificación de "Perdonado". En ese caso, estará aprobado para ser salvo. Entonces viene el momento solemne de la purificación, en la que sus pecados serán borrados. O sea, ya no constará ni el pecado, ni el perdón, nada que recuerde sus malas acciones. En otro libro, el de las buenas acciones, nada cambia, quedan para la posteridad. Entonces, amigo y amiga, todos los que serán salvos no tendrán ningún pecado para recordar, nada quedará escrito en el libro, todo quedará en blanco. Porque esa persona aceptó la sangre de Jesús para su perdón, y por esa sangre sus pecados serán perdonados. Un detalle importante es que ese perdón es concedido por Jesús como sacerdote. Luego, Él mismo como Sumo Sacerdote (Juez) verifica en el libro para verificar que todo ha sido perdonado, y en ese caso purifica el libro. Por eso es que en el sistema de perdón y salvación era necesario el derramamiento de sangre.

Durante el milenio, se abrirán los libros de los perdidos. Allí sí aparecerán los pecados, y nosotros, los salvados, los examinaremos, y veremos que deben ser condenados al infierno para su extinción. Cuando finalice el milenio, ya no quedarán registros de los pecados, ni de los salvados ni de los perdidos, todo estará limpio, el Universo quedará libre del mal, para siempre. Y entonces comenzará la vida perfecta que se interrumpió en aquél terrible día de la caída de Adán y Eva.

Resumen y aplicación del estudio

I. Síntesis de los principales puntos de la lección

1. **Tema transversal** (Enfoque principal, estableciendo –siempre que se pueda– un vínculo con los temas diarios).

Desde el día del primer pecado en la tierra, todavía en el Edén (nótese que los dos comienzos del pecado fueron en el ámbito de la perfección; uno, junto al trono de Dios, y el otro, en el jardín del Edén), Dios anunció, gradualmente, el plan de redención. El punto más alto de ese plan fue la muerte de Jesús. Sin ella, no habría redención, porque no podría haber perdón. Entonces, como Redentor oficialmente constituido, derecho conquistado en su vida humana, Él pasó a ser sacerdote (abogado que defiende nuestros pedidos de perdón) y sumo sacerdote (juez que juzga los casos de los que se salvan y de los que se pierden por libre decisión). Estamos ya en la fase del Día de la Expiación, el tiempo de juicio. En ese día, Jesús es tanto sacerdote (todavía está proveyendo perdón), como Juez (juzgando a los muertos). Un poco antes del fin del tiempo de gracia, serán juzgados los vivos que integrarán el pueblo de Dios. Los aprobados, si todavía están vivos en el día del inicio de las plagas, verán la venida de Cristo en vida, y también presenciarán la resurrección de los muertos en Cristo. Tendrán la experiencia de la transformación en vida, mientras que los muertos tendrán la experiencia de la resurrección junto a esa transformación. Y todos los salvados serán privilegiados con la vida eterna.

2. **Aplicación contextual y problematización** (aplicaciones posibles hacia temas cristianos actuales, e identificación de problemas que tenemos que enfrentar, así como indicadores para su solución).

Nuestro mayor problema es el poder de atracción que ejercen las cosas de este mundo, cosas que mantienen a nuestra iglesia en estado de Laodicea. Debemos tener mucho cuidado con la mundanalidad dentro de Laodicea, la cual, aunque será la iglesia triunfante, evidencia en su seno peligros internos que pueden resultar en la muerte eterna de muchos que son calificados por Jesús como “cizaña”.

II. Informe profético vinculado con la Lección.

Al momento de escribir esto, se está estrenando la película “Nada que perder”, que narra la historia del obispo Edir Macedo¹. He tenido la oportunidad de presenciar decenas de reportajes al respecto y quedé impresionado negativamente. Todo lo que se dice acerca de esta persona está relacionado con el éxito, el emprendedurismo, la vi-

¹ Edir Macedo es el fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios, muy conocida en Sudamérica [Nota del Traductor].

sión de futuro, la capacidad de liderazgo, sus emprendimientos religiosos y televisivos. Es muy curioso que el líder máximo de una iglesia no tenga, por lo que se ve, ninguna preocupación por la vida eterna, y no esté en sintonía con el perfil profético de nuestros tiempos. Esta película está atestada del evangelio de la prosperidad. La pregunta intrigante que surge es: ¿Cómo es que hay tantos que se dejan engañar por este “evangelio”, en el cual unos pocos se enriquecen, y van a presenciar el filme relacionado con el éxito de uno de ellos? Ganará mucho más dinero con esta película. Y llevará a muchos a la perdición a través de ella.

“El papa Francisco afirmó que el infierno no existe”, afirmó un periódico italiano.

El Vaticano respondió:

“Las frases citadas en *La Repubblica* no serían una “transcripción fiel” de la posición del pontífice. La declaración del papa Francisco publicada en el periódico italiano *La Repubblica* causó repercusión. Según el diario, el pontífice habría afirmado que ‘el infierno no existe’, por lo que el Vaticano respondió a través de un comunicado.”²

III. Comentario de Elena G. de White

“El servicio típico enseña verdades importantes acerca de la expiación. En lugar del pecador se aceptaba un sustituto; pero la sangre de la víctima no borraba el pecado. Sólo era un medio previsto para transferirlo al Santuario. Por medio de la ofrenda de sangre el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa en la transgresión y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor por venir; pero aún no estaba totalmente libre de la condenación de la ley. En el Día de la Expiación el sumo sacerdote, luego de haber hecho un sacrificio por la congregación, iba al Lugar Santísimo con la sangre de dicha ofrenda y rociaba con ella el propiciatorio, directamente sobre la ley, para hacer satisfacción por sus exigencias. Después, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los llevaba fuera del Santuario. Luego ponía sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados y así los transfería figurativamente de él al macho cabrío emisario. Luego el macho cabrío emisario los llevaba lejos, y se los consideraba como quitados para siempre del pueblo” [*Cristo en su Santuario*, p. 95].

IV. Conclusión

Todavía nos queda algo de tiempo por delante en esta tierra. Si desde el tiempo de los apóstoles se esperaba a Jesús en su generación, hoy también lo esperamos, aunque su venida está a las puertas. Debemos tener mucho cuidado con la cizaña, en dos sentidos: no nos debemos contaminar con las costumbres que están ingresando en la iglesia, y –mucho menos– ser cizaña. No es fácil seguir todo lo que nos ha sido escrito, pero si deseamos ser salvos, es lo que debemos hacer, pues hay conocimiento disponible para todos, y el no seguirlo es lo mismo que rebelarse contra la Palabra de Dios.

² <https://www.aciprensa.com/noticias/el-papa-dijo-que-no-existe-el-infierno-en-nueva-entrevista-el-vaticano-aclara-67817>

“La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los indiferentes e incrédulos entre los profesos cristianos, que desconocen voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, todos los hijos de Israel debían reunirse cerca del santuario y humillar sus almas del modo más solemne ante Dios, a fin de recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial es que en nuestra época antitípica de la expiación comprendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote, y sepamos qué deberes nos incumben!” [*El conflicto de los siglos*, p. 426].

“En la fiesta de las cabañas, el pueblo de Dios alababa a Dios porque recordaba la misericordia que le manifestó al librarlo de la servidumbre de Egipto, y el tierno cuidado del que fueron objeto durante su peregrinación en el desierto. Se regocijaba también por saber que le había perdonado y aceptado gracias al reciente servicio del día de expiación. Pero cuando los redimidos de Jehová estén a salvo en la Canaán celestial, para siempre libertados del yugo de la maldición bajo el cual ‘toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora’ (Romanos 8:22), se regocijarán con un deleite indecible y glorioso. Entonces habrá concluido la gran obra expiatoria que Cristo emprendió para redimir a los hombres, y sus pecados habrán sido borrados para siempre” [*Patriarcas y profetas*, p. 524].



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción:
Rolando Chuquimia

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©
recursos.escuelasabatca@gmail.com